

Visita: www.kavilando.org www.revistakavilando.weebly.com

El joven Hugo Zemelman. (Homenaje)

Por: Marcos R. López IPECAL

A los jóvenes de juventud prolongada, grandes maestros que, como Zemelman, mantienen lozana la esperanza y la sabiduría que lucha por una humanidad muy otra, más religada. Cuando el camino comienza a ser obscuro, y el sol ya no ve la tierra, baja volando el gran pájaro que dicen pujuy, que es el pájaro que viene de lo hondo y de lo pálido de la tarde. Sólo aparece a la hora en que no es de día ni de noche, y es del color de la ceniza en que se ha consumido el sol.

Todos los que van caminando en la última hora del atardecer, ven este pájaro...

...El caminante mira al pájaro de la tarde siempre delante de él, gritando y volando, hasta que cierra la noche. Luego no vuelve a verlo, ni a oírlo.

El que está acostumbrado a andar por los caminos y es viejo en la soledad, sabe lo que busca este pájaro extraño, que no tiene su nido en ninguna parte y que baja a buscar a los caminantes y grita delante de ellos.

A quien no lo ha visto nunca le da miedo. Porque es muy raro lo que hace, y su grito es frío y tembloroso como el de un niño que se muere. Y además, nunca viene sino en la hora en que las cosas que se ven parecen otras.

En el silencio del camino, su grito llama al caminante y sus alas sacuden el viento y su sombra pasa como azotando los ojos.

Leyenda maya

Fue en un auditorio de la UNAM donde compartían mesa Pablo González Casanova, nonagenario joven que todavía asiste a la escuelita (zapatista). El auditorio estaba repleto de jóvenes estudiantes que eran interpelados por el octogenario "joven de juventud prolongada" como se/los autodefinió Hugo Zemelman.

Zemelman comenzó hablando medio destanteado por el tema, alguna cosa de economía o geopolítica, pero a medida que encontraba su "estar siendo" ocurría el fenómeno nahual que le era característico: crecía y crecía como el mago Gandalf y resonaba su voz latigueante de conciencias.

Nunca faltaba una broma o una ironía que aderezaba las cirugías finas con las que nos mostraba un aspecto poco visible de nuestras realidades y se sentían en el ambiente las vibraciones, las interpelaciones incómodas pero precisas para movilizar a la gente de la comodidad que puede dar la inconsciencia.

Y así tejía el joven Zemelman los acuerdos secretos entre las generaciones, ése era uno de sus mayores afanes.

Y en la comunidad IPECAL, su primer y último proyecto en los últimos lustros, vivimos esos afanes del joven que, con muchos problemas para abandonar sus pudores intimistas en la apertura de su propia historia, sin embargo se esforzaba por ponerse con todo en la construcción del proyecto. Muchos encuentros latinoamericanos lo atestiguan.

Recuerdo uno, especialmente donde dije algo así como “aunque no muy entiendo ciertas cosas, siento que ustedes me alimentan certezas de que caminar vale la pena y que las penas van a estar en ese permanente caminar” Tal vez no lo dije así, pero algo así me hubiera gustado decir.

Cuando me disponía a salir del encuentro donde esa gente mayor habló, apareció el preguntador Zemelman y dijo “Piense usted qué significa “no entiendo”, piénselo”, dijo con su voz grave y sus ojos preguntadores que también sonreían.

Yo me quedé quieto, entendí perfectamente la frase, la petición, la provocación; y me despedí pero no me he ido, sigo en esa pregunta.

¿Qué quise decir con “no entiendo”? Eso me llevó a meditar en la necesidad de aprender a distanciarse un poco de nuestros lenguajes-hábitats para recordar que podemos ser algo más que reproductores de nuestro estar y que podemos intentar cambiar el script de la película de la vida que protagonizamos, muchas veces sin saberlo.

Así que intenté desarmar el artefacto “no entiendo” para mirarlo por dentro y entender un poco sus funciones.

Y ahí pude observar un puente generacional: Zemelman como joven maestro mayor, se dedicó una buena parte de su vida a producir su propio guión en la historia de América Latina, así como otros han luchado por vivir y sobrevivir (decía en aquella ocasión con fino humor el guatemalteco Carlos Guzmán).

En ese encuentro se pudo ver un Zemelman como un viejo correoso que expresaba, a mis ojos, muchas y duras batallas, en un país que ha sufrido muertes brutales como políticas de Estado en tiempos no muy lejanos. Puedo imaginar lo que los libros dicen, pero no tengo elementos para imaginar lo que habrá sido vivir aquello. Más aún, no imagino cómo pudieron algunos salir de ahí, sobrevivir, y construirse una forma de habitar nuestra comunicación humana con ese fino humor, como el del joven Zemelman.

Proceso aquella comunicación y me quedo con una cosa: se puede hacer, se puede vivir y sobrevivir, pero no hay un manual para hacerlo. En este punto, el “no entendí” se puede reelaborar como la manifestación de esa imposibilidad de vivir el mundo, nuestros tiempos y nuestros espacios, en cabeza y en historias de otros.

Lo cual no quiere decir que no sirva comunicárnoslos. El “no entendí” implica tomar conciencia de un desafío: indagar de qué y cómo está hecha esa gente mayor, retomar esas experiencias para construir nuestros propios caminos, buscar modos de reír y hacer reír a pesar de la brutalidad de la muerte, del genocidio, del racismo tan metido en nosotros, en todos: blancos, mestizos, criollos, indios, negros.

Entendí para mí un desafío, no entiendo cómo se construye, pero el “no entendí” significa también “seguiré trabajando, parando oreja, afinando entendederas, para pasar del entender al hacer con nuevos bríos y nuevos problemas y construir con otros un nosotros posible aquí y ahora.

El “no entiendo” quiere expresar otro desafío: ¿cuáles son las claves de época que permiten alimentar las luchas por cambiar el mundo? Y entiendo que no se trata sólo de palabras claves, sino de aprender a palpar esas tensiones sociales de la realidad donde tenemos que construir, desde el aula hasta el vagón del metro chilango pasando por la cocina de cada casa. Entiendo que se trata de construirnos formas de comportamiento que expresen convicciones (éticas), apuestas (políticas) por un mundo muy otro, menos injusto, más vivible. En esa búsqueda de claves no estamos sin amparo, tenemos experiencias de cambio, tenemos maestros, tenemos historias, y tenemos un otro mundo que está ahí en este momento pero que no se regala solo, que hay que buscar y hay que hacer aflorar.

Miré, entonces, un Hugo Zemelman que se esforzaba por salir del cansancio propio de los múltiples encuentros de esos días, de no sé qué conflictos internos, y que mientras hablaba y se esforzaba por hacer el balance del encuentro, ciertos tonos de voz y ciertos énfasis, producían algo así como el sonido del cambio de velocidades cuando las revoluciones del motor lo exigen.

Y así Zemelman iba subiendo la cuesta de la epistemología, del ordenamiento de ideas, de la construcción de alertas sobre lo que se mueve y lo que no; y cambiaba las velocidades y yo veía un hombre lleno de pasión por una construcción social que lo motivaba a ir de un lado a otro del planeta. Y no entiendo cómo se hace eso, de qué está hecha esa energía.

Pero mi no entender no es una pregunta voyeurista para querer mirar cada episodio de esas vidas, sino, de nueva cuenta, es un desafío o una invitación para construir nuestras propias rutas con la ventaja de tener un punto de partida que ampara: la existencia misma de ese joven añoso y preguntador, diciendo, vibrando, tratando de motivar nuevas búsquedas para heredar a nuevas generaciones una forma de luchar, de proponer, de hacer, y no heredar pretensiosas instrucciones para la construcción de mundos mejores prefabricados.

Ese “no entiendo” está resultando una cosa muy otra como se puede ir viendo.

Decir no entiendo puede resultar una forma de ocultarnos (no entiendo para que no me preguntes más, para que no me obligues a pensar), puede ser una forma llana de no captar lo que pasa en el mundo, puede ser la manifestación de falta de información, puede ser la desgana pura de no querer caminar, puede ser la manifestación de que el mensaje no es claro para quien dice “no entiendo”; pero también puede ser un enunciado parecido a “espérenme tantito porque estoy

sintiendo que entiendo más allá del discurso, déjenme aquilatar esas experiencias, permitan que construya mis preguntas en el tiempo propio de mi subjetividad, dejen que ubique ciertas tareas frente a la inmensidad de la tarea de salir y vivir fuera de un guión construido por otros, de construir el nuestro desde un nosotros apenas perfilado a veces, otras veces fantasmagórico, muchas veces perdido, muchas veces odiado, otras tantas detestado.”

No muy entiendo, es una frase que dicen en tierras del sureste y que me apropié para decir que entiendo y no, para decir, para pedirle a cierta humanidad, que no cejen en el intento de hacer que la palabra que pregunta y que construye camine con nosotros, cual faro, cual pájaro pujuy que guíe el camino de los hombres y mujeres viajeros que andan perdidos, decir “no muy entiendo” es, para mí, decir que qué bueno que hay mucho qué construir y qué bueno que hay con qué y que a darle duro porque falta mucho camino por andar.

No muy entiendo podría ser una frase para decir: sigamos intentando entender, sigamos haciendo lo necesario para construir nuestra existencia, siempre más allá de las limitaciones, carencias y peligros que nos amenazan.

Delante del no muy entiendo está un umbral, después de ese umbral, allá tras lomita, viene otra lomita y otro umbral.

Detrás de esos umbrales se fue el joven Zemelman que no se detiene, que sigue vivo en nuestra palabra, en nuestra memoria y en muchos de nuestros afanes. Nos dejó acuerdos secretos que iremos activando gracias a que, ahora, se fue tras otros umbrales sin dejar de alimentar la tierra para que siga germinando la tozudez que piensa y actúa, la digna rabia de la que nos dio muchas muestras el joven y adelantado estudiante del IPECAL, como cariñosa, lúdica y amorosamente le decía Estela Quintar, la única mujer a la que le vi hacerlo bailar tango.

3 de octubre del 2013, México, planeta tierra.

Tiempo de huracanes y de luchas sociales que insisten en señalarnos que la vida rebalsa, más allá de la muerte.